

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—La lámpara de la torre. poesía, por X.—¡Aay más allá! novela, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Risa y llanto, poesía, por Emilia Calé Torres de Quintero.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

(Continuación.)

Después se levantó, y fué á abrazar á sus compañeros uno por uno, como si quisiese que todos participasen de su dicha.

En esto las campanas de la iglesia resonaron.

—Tocan á misa! exclamó parándose bruscamente y cayendo de rodillas: Bendito Dios, aun oiré tocar á misa en esta casa...! Bendito Dios, que cuando venga á visitarme, en la úl-

tima hora, aun le podré recibir en mi cuartito blanco como la nieve...!

La emoción me ahogaba.

—Voy á misa! le dije á la abuela, y me lancé fuera del establo.

No recuerdo porque calles pasé para llegar á la casa de Dios, solo sé que caí al pie del altar y prorrumpí en sollozos. Tenía el corazón lleno de aquella felicidad sublime é inefable, que no se puede explicar con el pobre lenguaje humano...! Había obrado bien, había secado las lágrimas ajenas, me había acercado al espíritu infinito amando y perdonando... Oh, que consuelo, que santo consuelo descendía á mi corazón anegándole en un pielago de delicias! Daba gracias á Dios por haberme concedido un alma capaz de sentir lo que sentía. Le rogaba que no retirase jamás de mí aquella copa, llena de un néctar tan puro y tan suave!

Y no obstante lo que yo había hecho era una cosa natural y casi justa, ¿qué es pues lo que hubiera sentido? ¿qué júbilo tan inmenso hubiera sido el mío si hubiese llevado á cabo alguna acción heroica?

Cuando salí de la iglesia me pareció que todos los rostros que veía á mi lado eran amigos. ¡Que felicidad si algun día aquellos buenos campesinos, á quienes antes miraba como autómatas, me amaban y bendecían, como bendecían y amaban á la abuela!

Dí un pequeño rodeo por el campo para volver á la casa. Aquel país que habia considerado tan triste algunos días antes, se ofrecía ahora á mis ojos como un risueño paraíso. ¡Hasta los desnudos picachos de los montes me parecían destacarse sobre el cielo azul con severa magestad; hasta los árboles desquebrajados y sin hojas me parecían llenos de belleza! Ah! es que todos los objetos se revisten con el prisma de nuestra alma, y son lóbregos ó risueños segun sus sensaciones. Poder! gloria! riqueza! ¿qué sois? ¿en dónde estais..? No hay más poder, más riqueza ni más gloria que un corazón tranquilo y satisfecho!

XII.

Cuando llegé á casa, volé al aposento de la abuela: deseaba hacerla mil preguntas, queria que me instruyese sobre una porción de cosas. No creo que haya habido jamás ningun neófito mas afanoso de penetrar los arcanos de la ciencia del maestro, que yo lo estaba en aquel instante, Julia mia.

Quiso no obstante mi mala estrella, que cuando llegué á su cuarto estuviese allí Susana. Al vernos las dos nos pusimos coloradas, y fijamos los ojos en el suelo, turbadas y confusas.

La abuela estaba sentada delante de un escritorio de nogal adornado con chapas de bronce, cuya construccion debia datar del tiempo de los godos, segun era su aspecto majestuoso y venerable. Pareció no apercibirse de nuestra turbacion, y siguió imperturbablemente su tarea.

Yo fuí á recostarme en el alféizar de la ventana, y aunque parecia que miraba al campo, mi alma se habia trasladado toda á mis oídos.

La abuela estaba ajustando la cuenta del día anterior, y á la verdad, no pude menos de

sorprenderme y desagradarme el interés con que procuraba indagar la inversion de la cantidad más insignificante. Apesar mio, la acusaba de ruindad y avaricia, tanto mas cuanto las respuestas de Susana eran tan sencillas que revelaban una lealtad á toda prueba.

Cuando la abuela hubo concluido la operacion, dió á Susana las órdenes para el día, y esta se retiró.

Entonces me acerqué al escritorio, sobre el cual habia esparcido varios libros de cuenta y razon, cuyas hojas estaban cubiertas de números, y exclamé casi asustada:

—Dios mio qué trabajo tan penoso! ¿Y esto es de todos los días?

— Todos!

—Pero la ocupará á usted mucho tiempo!

—No lo creas, hija mia, me dijo la abuela deponiendo su pluma en el tintero y mirándome con bondadosa espresion: ya te he dicho antes que el que se levanta con el sol duplica su existencia. Una hora mas ó menos de sueño por la mañana decide de la regularidad de los quehaceres de todo el día. El madrugar un poco, y el orden, son los dos grandes secretos de gobernar bien una casa, y de que sobre el tiempo para todo. Esta ciencia que parece tan lata, casi se podia encerrar en las dos máximas siguientes, que son de una verdad incontrastable: «Vuelve siempre las cosas al mismo lugar de donde las has tomado, y no dejes nunca para mañana lo que tienes costumbre de hacer hoy.» Y esto es muy obvio, Enriqueta. Si dejas un quehacer para mañana, en vez de una hora que te hubiera ocupado, serán dos, y así se irán duplicando sucesivamente á medida que lo vayas retrasando, pues de cualquier género que sea el desperfecto que no se remedia en un principio, va tomando cada día mayores proporciones.

Al contrario, siguiendo las dos máximas indicadas, no hay trabajo, por penoso que sea, que no se simplifique y no se haga llevadero. Acuérdate que el enemigo del órden es la peresa, que la peresa es hija del hábito, y que como todos los vicios, adquiere mayor imperio cuantas mas concesiones se le hacen. Sin duda habrás oído decir muchas veces en tu

vida, y aun lo habrás leído en muchos libros, que no son propios de espíritus superiores ni compatibles con una inteligencia elevada, esos cuidados minuciosos, esos quehaceres uniformes de todos los días, esas nimias y constantes atenciones que no terminan nunca.

Los que hablan así, Enriqueta, son el orgullo insensato, es la pereza, disfrazada burlescamente con el manto del saber. Nunca pueden ser pequeñas las cosas que producen grandes resultados. ¿Pues qué? ¿despreciaremos la semilla del trigo, porque es un gránito diminuto y sin belleza, y seremos tan necios que no nos acordemos al verla de las fecundas y doradas espigas que alimentan á todas las criaturas de la tierra? Y sin embargo, sin aquella, éstas no existirían.

Los que tal dicen, los que tal opinan, pueden tener talento, pero carecen de alma. Carecen hasta de conciencia, porque en su egoísmo dejan secar el campo, que su compañero ha sembrado con inauditos esfuerzos, por no mancharse las manos, arrancando la mala yerba que roba á las plantas útiles su savia! ¿Qué le importan entonces á su defraudado compañero, qué le importan á la sociedad sus estériles talentos? Lo que para nada sirve, nada vale, y solo lo que es inútil al bienestar de los demás, es lo que merece ser reputado como digno de ocupar la atención de una criatura racional.

Las virtudes y los vicios del hombre, es indudable que radican en el hogar doméstico: el hogar doméstico es el cauce de donde se derivan las aguas turbias ó cristalinas que deben fertilizar la tierra. Ah! por nimias que sean en la apariéncia, ¿puede haber una gloria mayor para la mujer, que hacer de los hombres semidióses, que se desprendan de la tierra para escalar el cielo? Si esos espíritus superiores se dignasen tomar por lo serio esas pueriles ocupaciones y estudiar su inmensa trascendencia, no se desdeñarían de consagrar su vida á unos detalles que forman un todo tan glorioso. Además, Enriqueta, que sucede con esas ocupaciones como con los efectos de óptica. Crees ver una inmensa cordillera, te acercas,

y no hay más que una línea. Todo se reduce al método y al orden.

Mira, yo me levanto muy temprano, como tú sabes, y mi primera operación es postrarme de rodillas ante el Santo Crucifijo que hay en la cabecera de mi cama, y darle gracias porque me permite aun saludar el sol; pedirle fortaleza para cumplir mis deberes, y amor hacia el prójimo, mucho amor, porque es la fuente de todas las virtudes.

(Continuará.)

ÁNGELA GRASSI.

LA LÁMPARA DE LA TORRE.

Pueblo fué del condado de Bigorre
(Ó Bigorra, es igual,) uno en que había
Ruinoso templo con fornida torre,
Que dos leguas en torno se veía.
Una lámpara ardía
Toda la noche en ella,
Delante de una bella
Imágen de María;
Y en su seno sin mancha, recogido
El Niño-Dios en el portal nacido.
Siempre que un aldeano
De los de allí, la torre descubría,
Reverente á la Virgen saludaba
Y el fruto de su vientre bendecía.
Para un país lejano
Sale del pueblo aquel el jóven Pio;
Y al ver la torre por la vez postrera,
Levantando en el aire la montera
Con lágrimas de fe grita devoto:
»Niño de omnipotente poderío!
¡Madre del desterrado!
Regid mis plantas: en los dos confío.»
Vase á país remoto;
Vuelve de años cargado
(Cincuenta por lo menos han pasado;
La noche le sorprende en el camino,
La luz al cabo de la torre brilla,
Y Pio descabalgando y se arrodilla,
Y del favor divino
Reconoce el poder. ¡Harto bien puso
Jóven la confianza!
Hijo y Madre cumplieron su esperanza.

Con aquel espectáculo, confuso
El guía del viajero, le pregunta
¿Porqué se apea y llora,
Y sedescubre se arrodilla y ora?
«Es porque allí despunta
La luz del campanario
Que á su patrona enciende el pueblo mio:
La Virgen de Noel, Nuestra Señora.»
«Mudó ya de parroquia el vecindario;
La tiene junto al rio:
La vieja se cayó, la torre queda;
Y la Virgen (pues esto
De santo en calle con razon se veda)
Logra en la parroquial mas digno puesto.
La luz que que asoma allí (por de contado
Mayor que la que hubo)
Es de un reloj, al que ilumina un tubo
Del nuevo gas de pringue de pescado;
Y (como usted repara)
La torre del lugar se vé mas clara.»
El buen anciano aquí dos veces pio,
Con exprecion de lástima y desvío
Replicó meneando la cabeza:
«Se vé mas claro, si; mas no se reza.
La imágen del que vive y nunca pasa
Quitais de las alturas,
Y ¡maquina poneis que el tiempo tasa
Dado á las criaturas!
Para cebar la luz que miro enfrente
Dén tierra y mar despojos;
Pero dejad la de Belen patente
Y alúmbrenos el alma por los ojos.»

¡HAY MAS ALLÁ!

NOVELA ORIGINAL.

POR

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuacion.)

Nina con su palidez, con su dulce mirada y con su fisonomía inteligente y espresiva, le inspiró una estraña compasion y se dió el parabien de poder ofrecerla lo que para ella debia ser una gran fortuna.

Él que hasta entonces solo habia mirado con respeto y deferencia á sus señores, ó á todos los elegidos de la suerte, no se atrevió á tutear á aquella pobre niña, y al dirigirse á ella la dijo

con toda la amabilidad que estaba en su mano emplear.

—El señor Cura tiene razon: vengo desde Madrid á buscar á V., y.... á hablarla de una persona que se interesa en su suerte.

—¿De mis padres quizá? exclamó la niña con una viva emocion. De mi madre?

—No, no precisamente de ella, pero...

—Entonces, replicó Nina tristemente, entonces no sé quien se pueda interesar por mí.

—Una persona que les ha conocido, y que recibió de ellos el encargo de velar por V.

—Pero entonces ¿dónde están?... ¡oh! dígamelo V. caballero. Seria yo tan feliz con poder ver un dia á mi madre!

Don Luis nada respondió. Nina daba á aquella entrevista un jiro que no habia previsto.

La niña sin desconcertarse por su silencio, y obedeciendo al sentimiento de su corazon, contenido por tanto tiempo.

—Oh! si supiera V. añadió, cuanto amaria yo á mi madre! todos los dias cuando abro los ojos, pienso en ella y la echo de menos, envidiando á otras niñas que siempre al despertar hallan una madre á su lado! Y por la noche cuando cierro mis ojos al sueño, pienso con qué paz dormiria en mi pobre lecho, si la bendicion maternal descendiera sobre mi frente.

Los hermosos ojos de Nina se habian animado al calor del sentimiento que estremecía su corazon, y una lágrima clara y trasparente, occilando en sus pestañas, daba mayor brillo á su celeste y tímida mirada.

Don Luis se sentia conmovido por primera vez en su vida, y el padre Antonio llevó instintivamente la mano á su rostro, enjugando á hurtadillas una revelde gota de llanto.

—Oh! caballero, continuó Nina cada vez más agitada, si V. sabe donde están mis padres, dígamelo al momento y yo iré... digo mal, irémos todos tres, la familia entera que tengo hoy, y les buscaremos. y nos amaremos todos, partiendo nuestra pobreza, pero felices con nuestro cariño.

El apoderado del Marqués del Prado, se hallaba en verdad confuso y distraido.

En cuanto al anciano Sacerdote, contemplaba á Nina con inmenso cariño, admirando aquel joven corazon, que se estremecía á la esperanza de una caricia, y que no tenia un solo latido para la esperanza de un nuevo porvenir, de una vida menos pobre y trabajosa.

Efectivamente, por la frente de la noble niña no habia cruzado una idea de interés ni de egoismo.

Oh! la ambicion no tenia cavida en aquel pecho amante y sencillo.

—Vamos cálmese V., hija mia, dijo don Luis, y si no puedo darle seguridad con respecto á su deseo de abrazar á sus padres, al menos puedo compensar este pesar, ofreciéndola que hoy mismo va á cambiar su suerte, que desde ahora no tendrá que sufrir privacion alguna, que trocará sus harapos por lindos trages, y esta mala casa y este feo pueblo, por una habitacion hermosa y cómoda, situada en la corte y cercada de cuanto pueda hacerle la vida agradable.

—¿De veras? exclamó Nina sorprendida, ¿de veras?

—Oh! si, porque vá V. á ser rica.

Una inmensa alegría se pintó á estas palabras en el pálido semblante de aquella criatura.

Ella no habia pensado por si en aquel cambio, pero al ofrecerlo ante sus ojos su corazon palpité con violencia y un gozo instantáneo la hizo olvidar sus anteriores sensaciones.

Don Luis se dió el parabien de este cambio, y el padre Antonio frunció imperceptiblemente las cejas.

El habia creído que las semillas de la modestia, del desinterés y la humildad que habia sembrado en el pecho de la huérfana, estenderian allí sus hermosas flores y no dejarian crecer en el la zizana de la ambicion ni la vanidad, y aquel goze le probaba casi que se habia engañado.

Oh! la alegría, reflejada en las facciones de Nina, le hizo daño!

Pero el bondadoso anciano, acostumbrado á leer en el corazon humano por espacio de tantos años, tenia siempre una disculpa para todas las faltas, una reivindicacion para todos los errores.

—Es muy jóven, murmuró para sí con un sentimiento de tierna indulgencia: ha sufrido mucho en su vida, y á esa edad era imposible que no lo olvidase todo por un vestido nuevo, y por algunas comodidades más! ¡Las niñas cambian tan pronto de sensaciones y de ideas!

Pero antes que el Sacerdote hubiera tenido tiempo de terminar su secreto monólogo, Nina, que en un principio habia quedado suspensa, manifestando solo en su aspecto el vivo placer que la embargaba, se levantó de pronto corriendo hácia una tosca imagen de la Virgen que se veia sobre una mesa, cercada de flores, y cayó de rodillas murmurando con vibrante voz.

—Gracias, madre mia; gracias por ellos! y antes de que ninguno de los dos hombres hubiera podido adivinar su accion, corrió hácia la puerta del cuarto de Agustin gritando.

—Padre, padre mio, despierta; ya no temo tur-

bar tu sueño, porque no tienes ya que sufrir.

—Qué hace V.? exclamó don Luis admirado?

—¿A dónde vés? la preguntó el ministro de Dios

—A decirle que ya no tendrá que pasar hambre ni frio; á decirle que ya puedo pagar una pequeña parte de lo que han hecho por mí! Oh! que alegría, qué alegría, Señor, el poder verles felices á los dos!

—Era por ellos! murmuró el padre Antonio con indecible emocion!

—Espere V., espere V. dijo don Luis, sujetándola por la mano. Antes de nada tenemos que hablar! Oh! no hay medio de entenderse con esta niña!

Ella se detuvo sorprendida.

—Pues no ha dicho V.... balbuceó mirando á aquel hombre.

—Qué iba V. á ser rica, que.... en fin yo no sirvo para estas cosas y voy á terminar de una vez.

—Sí, sí, dijo la niña con afan, ¿á qué ha venido V., quien le envia? que esperanzas son las que me quiere hacer concebir?

—Me manda el señor Marqués del Prado.

—Ha!

—El señor Marqués que quiere encargarse de su suerte de V., que me manda para que la lleve á su lado, y que....

—A su lado! pero y ¿Lucía, y el anciano Agustin? murmuró Nina con calor.

—Oh! á esos.... á esos... como pertenecen á otra clase de la que va V. á ocupar, debe olvidarlos por ahora, debe....

—Olvidarlos! ha dicho V. que olvidarlos? preguntó la niña con asombro.

—Sí... eso es... eso á dicho el señor Marqués.

—Y entonces, si quiere que borre de mi memoria el pan que me han dado, el cariño que me han concedido, los beneficios que he recibido aquí, ¿para que me quiere el señor Marqués? que espera de mí mañana? ¿para que vá á protegerme si antes se asegura que soy una ingrata?

Dón Luis no supo qué responder.

Nina, con la lógica de su corazon, le ponía en un terrible compromiso.

Cansado ya de aquella escena, deseando cumplir el encargo de su señor y abandonar la pobre aldea, dijo, juzgando que bastaba una palabra para hacer entrar en razon á Nina.

—Mi señor tiene derecho para que V. le obedezca.

—Como!

—Sí, señora; los mismos derechos de un padre, porque....

—Por qué? por qué? preguntó ella con mayor afan.

—Porque lo és dos veces de V.! exclamó ya exasperado don Luis, y aquí tiene V. una carta por la cual puede convencerse. En ella su padre de V. ruega al señor Marqués que le conceda parte en sus bienes, reconociéndola por hija. Está escrita de su puño y letra, y es una prueba innegable! En fin ya he dicho todo lo que tenia que decir, y espero que ya me seguirá y que obedecerá á su abuelo, y que nos iremos... y que...

El buen hombre sacó su pañuelo, y se limpió con él la frente empapada de sudor, seguro de que habia cumplido dignamente su mision y de que no habia podido hacer más.

El, apesar de la obscuridad de sus palabras, creia que se habia explicado muy enérgicamente, y aguardaba la respuesta de la pobre niña que absorta y turbada apenas habia entendido la mayor parte de sus frases.

Dios solo sabe cuanto hubiera durado aquella pausa, si un ruido extraño no hubiera hecho volver los ojos á Nina y fijarlos en la puerta que conducia al cuarto de su padre adoptivo.

En medio de aquella puerta, vacilante, rijido y con la frente ceñuda, sosteniéndose con trabajo y próximo quizá á desplomarse en el suelo, habia un hombre y aquel hombre era Agustin.

La niña corrió hacia él, le sostuvo en sus brazos y le condujo hasta su sillón donde el mendigo se dejó caer, rechazándola despues con un ademán que ella no comprendió.

El padre Antonio supuso que Agustin lo habia escuchado todo, y temeroso de la impresion que las palabras de don Luis debian haber hecho en su alma, y de la explosion de ira que debian producir, se acercó á él y adoptando su tono más dulce y su mirada más suplicante.

—Vamos, hijo mio, murmuró, tranquilicete usted, y tenga valor para todo.

—Valor, valor, replicó el anciano, rojo de cólera. ¡Oh! no me falta! de lo que carezco es de fuerza, de agilidad! Clavado siempre en este sillón, que teme V. que haga? no ve V. que estoy impotente!

—Padre, exclamó Nina rodeando el cuello de Agustin con sus brazos, padre mio, alégrese usted, ya vamos á....

—¡Calla! la dijo el sacerdote, temiendo el efecto de las palabras que iba á pronunciar: calla, hija mia.

—Y por qué? acaso no me ofrecen que voy á ser rica? dijo la niña con sencillez, y siéndolo yo ¿no lo será mi buen padre, no lo será Lucia?

—Tú! tú! gritó Agustin con acento indescriptible, mezclado de odio, de amor, de duda! Oh! yo necesito lo primero saber quien eres, necesito

saber si eres la hija de un infame que me robó la alegría, que me robó el bien estar, que me robó el honor! yo necesito saber por qué estás aquí, por qué te han traído, á que poco á poco y traídramente te hayas hecho dueña de mi cariño, hayas usurpado en mi corazón un lugar que no debe pertenecerte; me hayan engañado y obligado á que te ame, á mí que debia matarte, si... vamos, vamos, yo quiero saber quien eres.

Nina miró asombrada á Agustin y sin saber por que tuvo miedo.

El padre Antonio acudió como siempre en su auxilio y aproximándose y colocando una mano sobre la cabeza de la pobre criatura.

—Esta niña, dijo con voz solemne, es hija de una infeliz muger, tan inocente como desventurada. Es hija de la pobre Ana, Agustin, de tu triste hija que antes de morir vino á colocarla bajo el amparo de la virgen Maria Patrona, de esta aldea.

—¡Ella! gritó el mendigo cubriéndose el rostro con las manos, mi hija!

Nina cayó instintivamente de rodillas ante sus piés.

—Sí, continuó el sacerdote, sin dejarle tiempo de volver en sí: ya es hora de que lo sepas todo; y de que conozcas la verdad. Ana moribunda, pobre, sin querer aceptarnada del que la habia engañado tan villanamente, vino aquí y puso á su hija junto á Lucia implorando para ella la proteccion de una ciega y un mendigo, mejor que la de un señor rico y opulento, á quien habia jurado no volver á ver!

—Oh! murmuró Agustin con amargura, oh! Ana! si ella no hubiera dado oídos á....

—Calla, dijo el ministro de Dios, calla! no la acuses! si fué víctima de un engaño, harto castigada está, pues murió de dolor y de vergüenza.

Los dientes de Agustin rechinaron bajo sus labios comprimidos por el furor, y sus manos crispadas desgarraron violentamente una parte de su miserable vestido.

—Yo la busqué aquella noche, continuó el sacerdote, yo la busqué aquella noche despues de haber leído la carta que puso en los vestidos de su hija y que aun conservo en mi poder. Yo la busqué porque comprendia que no podia estar muy lejos y que ia consolarla y endulzar su agonía.

—Y qué?... preguntó Agustin anhelante.

—No me habia engañado, respondió el sacerdote: no me habia engañado en mis conjeturas. ¡La desgraciada no habia podido ir muy lejos! Sin embargo quizá mis investigaciones hubieran sido inútiles, si al volver á mi casa desanimado y entristecido, no me hubiese hallado á una po-

bre muger que venia en busca mia.—Señor cura medijo, en nuestra choza hay una pobre criatura que se muere y quiere verle á V. antes. Reconocí á la que me hablaba: era la muger de un pastor que habitaba fuera del pueblo. La seguí con rapidéz y en breve llegamos á su morada. Allí estaba Ana: pero ¡en que estado! Sentí que el corazon se me oprimia y me acerqué á ella con afán. Lo primero que me habian dicho era verdad! la infeliz estaba espirando.

Agustin nada dijo, pero en la descomposicion de sus faciones se leian los tormentos que desgarraban su corazon.

Nina de rodillas, con la mirada fija en el sacerdote y los lábios entreabiertos y anhelantes, oia aquella relacion triste y conmovedora, leccion terrible en que se reflejaba el pasado y que desgarraba á sus ojos el velo del ayer y del mañana quizá.

En cuanto á don Luis, más conmovido de lo que podia esperarse de su natural frialdad é indiferentismo, guardaba silencio esperando el fin de todo aquello.

—Ana, prosiguió al cabo el padre Antonio, Ana tuvo aun tiempo de efectuar su confesion, y de hacerse depositario de todos sus dolores y todas sus amarguras. ¡La desgraciada habia sufrido mucho! Me rogó que velase por su hija, que no la separase del lado de Lucía, del lado de su padre! La infortunada queria que la reemplazase junto á ellos. En un momento de estravio, habia privado á su padre de una hija, y venia á traerle la suya, única recompensa que le podia ofrecer. Sabia que Nina iba á pasar una vida de privaciones y miseria, pero esta certeza la aceptaba como su mayor castigo, y ofrecia su pena á Dios en espiacion de su culpa! Además aquí, al lado de los suyos, creia que esa niña seria menos feliz, pero más pura. El aire que se respiraba en las grandes ciudades, sus costumbres y sus vicios, la daban miedo, la asustaban ¡habia vertido tantas lágrimas por su casa! Yo la ofrecí cuidar de Nina, yo la ofrecí enseñarla á amar el trabajo y la virtud, y ocultar á Agustin los lazos que les unian, hasta que un incidente cualquiera lo hiciese necesario. Así lo he cumplido y ahora solo he resuelto decir la verdad.

—Pero Ana?... preguntó el mendigo con voz temblorosa, Ana?...

—Espiró en mis brazos pocas horas despues; murió consolada, murió tranquila, porque Dios que veia su dolor, la perdonaba por mi boca y la acojeria sin duda en el cielo.

—Luego... luego no me engañaba, Nina es?...

—Su nieta de V., la cual tiene derecho á su cariño y á su apoyo.

—Oh! que es á la par el fruto de mi deshonra, de mi desgracia! y algun dia....

La niña cogió una mano de Agustin é inclinándolo su rubia cabeza con ademán humilde y doliente.

—Padre, padre mio, exclamó: perdon para mi madre, perdon para mí!

—Hija de mi alma gritó Agustin rompiendo al fin en lágrimas, hija mia!

—Yo la reemplazaré aquí, yo llenaré el vacío que ella dejó.

—Tú, oh! tú me dejarás, tu trocarás esta casa en que vivió tu madre por el palacio en que tu padre pudo habitar! ¿no sabes que ese hombre ha venido á buscarte? no sabes que ese hombre ha venido á ofrecerte tu bien estar? tú lo aceptarás y....

—Si ha podido halagarme un instante esa aferta, era por V., era por Lucía. Ahora que mi corazon me dice que nada puede aceptar de esa fortuna con que me brindan....

—Qué harás? preguntaron á un tiempo Agustin y el padre Antonio.

La niña sin responder se levantó del suelo, donde aun habia permanecido, y dirigiéndose á don Luis con acento grave.

—Caballero, hace un instante le preguntaba suplicando, si vivian mis padres: ahora que sé que mi querida madre ha muerto, le ruego nuevamente que me diga la verdad, que me diga si mi padre existe aun, ó ya no vive tampoco.

—El señor Marqués del Prado, su padre de V., murió hace pocos meses, hija mia, respondió don Luis dominado por la situacion.

Nina tembló, próxima á caer; pero despues enjugó las gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas, y repitió con acento que procuraba hacer seguro.

—Y... dice V. que tiene una carta suya, que prueba mi nacimiento?

—Si, el la escribió á su padre poco antes de morir suplicándole que se encargase de su suerte.

Nina sin prestar atencion á estas frases.

—Puede V. darme esa carta? preguntó al señor de Vidal.

Este sacó de sus bolsillos una cartera de tafete, la abrió, buscó en ella un papel ajado por el roce y lo presentó á Nina con cierto aire de respeto.

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez,

RISA Y LLANTO.

I.

En su raudo girar divisó el llanto
La placentera risa.
—No me envidias, le dijo, pues mi encanto
La humanidad precisa?

Donde quiera que voy, siembro alegría,
Hago la vida hermosa;
Soy reina del placer y de la orgia,
Y brillo poderosa.

Con anhelo me buscan los mortales,
Hallando en mí ventura;
No conozco jamás los tristes males
De la negra amargura.

El llanto respondió—con pena escucho
Tu peregrina historia;
Si tu poder es en la tierra mucho,
¿Cuanto dura tu gloria?

No la dicha en tu imperio se eterniza,
Que rápida se agota;
La senda que tu planta esteriliza,
Solo á mi influjo brota:

Es cual humo fugáz que se deshace
Tu vano poderío;
Mas, la flor del conzuelo hermosa nace
Con mi santo rocío.

La risa replicó: —Tu voz desprecio,
Pues ni sé, ni adivino,
Cómo pretendes en tu orgullo necio,
Eclipsar mi camino.

—Adios, murmuró el llanto, yo deploro
Tu soñada ventura:
Tú un día buscarás el gran tesoro,
De una lágrima pura.—

II.

La risa cruza por el éter, luego,
Envuelta en ignea gasa,
Mas el vivo contacto de su fuego,
Sin ascender se brasa.

Como en raudal que en perlas se desborda,
Así el espacio puebla
Líquido arjofar que el celaje borda,
Blanca, flotante niebla.

Y, cual en una concha nacarada
Cruzando la azul nube,
Se vé una flor, de lágrimas formada,
Que hasta los Cielos sube.

Emilia Calé Torres de Quintero.

CORRESPONDENCIA.

Ojedo. Señor don S. J., recibidos los 16 rs., deja pagado hasta fin de abril del 79.

Villarcayo. Señor don P. G., recibí los 24 rs.

Cervera. Señor don J. R. C.: hecha la traslación.

Fuende Jalon. Señora doña F. R., con los 24 rs. que nos envia, deja abonado hasta fin de abril del 81.

La Sella de Anglés. Señora doña M. C., recibí los 24 rs., deja abonado hasta fin diciembre del 80. remitimos los números que pide.

San Cebrían de Campos. Señor don P. G., recibí los 48 rs., quedan anotados de la manera que indica, dejando doña J. P. y doña F. de la C. y V. abonado hasta fin de junio del 80.

Villafranca de las Agujas. Señora doña R. Z. de P., recibí los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 81.

Villanueva de la Serena. Señor don G. H., se recibieron los 12 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Cáceres. Señora doña D. de la R. y A., en nuestro poder los 24 rs., dejando abonado hasta fin de febrero del 80.

Oviedo. Señora doña E. T., recibí los 24 rs., queda anotada su suscripcion hasta fin de abril del 81.

Sonseca. Señor don A. P. M., recibí los 4 rs.

Torres. Señor don A. C. de la O., le remitimos los números que pide.

Andrait. Señor don P. A. M., recibidos los 24 rs., deja pagado hasta fin de abril del 81.

Cetina. Señor don F. T., anotados los 4 rs. y hecha la traslación.

Viso de los Pedroches. Señor don A. M. L., recibí los 8 rs., deja abonado hasta fin de diciembre del 79. Le enviamos los números que le faltan.

Villamarciel. Señora doña I. L. recibidos los 24 rs. y le remitimos los números que pide.

Loja. Señor don C. C. de R., haré por complacer á usted tan luego como mis ocupaciones me lo permitan. Recibí los 12 rs., que envia, y solo deja abonado con esta cantidad hasta fin de abril del 79.

Munilla. Señora doña L. S. A., recibidos y anotados los 24 rs.

Benavente. Señor don J. A. B., recibidas las 3 pesetas queda pagado hasta fin de diciembre del 80.

Cob. Señor don S. V., recibidos los 11 rs. deja abonado hasta fin de marzo del 80. Díganos si ha recibido los números del 9 al 16 que le faltaban, para sino mandarlos de nuevo.

Madrid. Señora doña E. V. de P., recibidos los 24 rs. deja abonado hasta fin de octubre del 80.

Murcia. Señora doña E. B., recibidos los 8 rs. que ha remitido don M. A., y estamos conformes con su cuenta.

Torrejuncillo. Señor don N. B. G., recibidos los 16 rs., deja abonado hasta fin de abril del 80.

La directora.

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».